

***DOS EN UN MISMO LUGAR***

**AUTOR: MOGRERA**

Suena el despertador... y no quiero abrir los ojos, se me olvido ayer quitarle la alarma y hoy no tengo que ir a trabajar así que me quedare en la cama, hace mucho frío y es donde mejor puedo estar, acurrucadito entre sabanas calentitas y mi nórdico de plumas. En mi cabeza y con los ojos cerrados visualizo la habitación un tanto desordenada: la ropa tirada de cualquier manera en el sillón que hay al lado, un vaso de leche sin tomar en la mesita de noche y una lamparita sobre la misma, tiene dos bombillas pero una de ellas está fundida desde hace tiempo pero nunca me acuerdo de comprarla, al otro lado de la cama el ropero y otra mesita con un par de libros a medio leer, a la derecha una puerta para pasar al cuarto de baño, es pequeñito pero completo y para mí solo no necesito más, al fondo la chimenea y delante un par de butacas, es el mejor sitio para escuchar música, ojear el periódico, o simplemente dormitar una pequeña siesta después de comer, a la izquierda una mesa y cuatro sillas y más a la izquierda aún la cocina: el fregadero con los platos de la cena sin lavar, la puerta del frigorífico llena de esos imanes que venden y que yo he ido comprando por cada uno de los lugares que he visitado y a la derecha y debajo de la ventana un sofá con la tela descolorida, tengo que decirle al dueño del apartamento que está hundido y que es imposible sentarse en él, me dijo que le iba a poner una funda pero esa solución no me sirve, en ese momento debí de insistir, me lo debe de cambiar o arreglar en condiciones, sí debo de ser más exigente yo le pago el alquiler religiosamente y en estos ocho años no le he fallado, así que debo de ser inflexible a la hora de mis peticiones.

Al rato y después de dar vueltas sin poder conciliar de nuevo el sueño Daniel empieza a notar frío y es que en la chimenea sólo quedan rescoldos y pronto se enfriara toda la habitación... no puede ser, me tendré que levantar y encenderla sino es imposible estar aquí. Al levantarse y mirar alrededor se ve solo, triste y perdido y recuerda con nostalgia los años vividos con su querida Paula en su país y en su casa, juntos los dos desde siempre.

Daniel se levanta y sin quitarse el pijama, se pone su batín y entra en el cuarto de baño para asearse, aunque hoy no tiene ganas de afeitarse, se acuerda de su padre que tenía temporadas que se dejaba la barba solo por la comodidad de no tener que rasurarse cada mañana, echa leña y prende de nuevo la chimenea esperando que aquella estancia que es alcoba, cocina y salón “todo en uno” vuelva a ser cálida, en el infernillo se prepara un café con

leche y también unas tostadas, y mientras desayuna llegan los recuerdos...cuando termina no se lo piensa y en una hoja transcribe sus sensaciones y el amor que siente por ella.

Querida Paula:

Hoy quiero escribirte una carta, si ya sé que hoy en día ya no se usa, que hablamos por el móvil o nos mandamos mensajes a diario, pero me apetece coger lápiz y papel y contarte mis sentimientos con la tranquilidad que te da no sentirte presionado por la prisa de acabar pronto una conversación telefónica para que no suba la factura, o resumir en un mensaje escueto lo ocurrido en el día a día, hoy en mi habitación fría y sola me apetece contarte mis recuerdos que también son los tuyos, ahora que ya el reloj de mi existencia ha superado el tiempo de vida con el que me queda por vivir, ahora ya es el momento de volver junto a ti...no aún no puedo, me quedan 134 días y no sé cuantas horas para que volvamos a abrazarnos y podamos contarnos la crónica de nuestra existencia, aunque tú ya sabes que he terminado en este lugar porque mi afán de aventura no me dejaba quedarme quieto, de joven recorrí varios países y al final me quede en éste tan diferente al nuestro, miro por la ventana y veo un paisaje como en los cuentos... las casas con los tejados llenos de nieve y las ramas de los árboles que parece que se van a trochar por el peso que soportan y los copos que caen llenaran aún más las calles y los parques, y recuerdo que ahora ya en el mes de febrero en nuestro pueblo y en los días lleno de sol en nuestros jardines empiezan ya a tomar color las flores, que ya a mediodía nos molesta el abrigo y días en que como se suele decir: “el perro busca la sombra”.

Recuerdo como nos conocimos...en aquel lugar cálido y silencioso, como dábamos vueltas inspeccionando el espacio, aquellas paredes que nos impedían seguir adelante por un sitio más ancho y según íbamos bajando se iba estrechando y nos obligaba a volver y a subir, en una de esas vueltas nos topamos y al dar la vuelta...

-¿Quién eres? ¡Eres feísimo!

-¿Te has mirado en un espejo? Solo se te ve cabeza

-Yo soy Paula y para que lo sepas, seré la niña más guapa del mundo.

-Puede, pero ahora eres “horrorosa”...mucho cabeza y un cuerpo muy ridículo.

-¡Escucha niño tonto! (entrelazando sus manitas aun sin formar): “rebota, rebota y en tu culo explota”

Te marchaste corriendo y recuerdo que fui en busca de un espejo y que al mirarme me di cuenta que...yo era más feo aún. Esa fue la primera pero no la única vez que te tendría que dar la razón, siempre has sido más intuitiva e inteligente que yo, cuando tenía alguna duda de qué hacer o qué camino seguir acudía a ti, aunque después de mayor empecé a tomar decisiones que sé que muchas veces no fueron de tu agrado, como el marcharme a recorrer mundo, pasarme años sin verte y sin decirte como me iba la vida, hoy me arrepiento de no haberte escrito lo suficiente o de no haberte llamado para evitarte sufrimientos inútiles, quiero pedirte perdón y sé que tu amor por mí me lo concederá.

Siguieron pasando los días y yo no quería encontrarme contigo así que me quedaba en un rincón leyendo tebeos y cuentos, me encantaba los despistes de Nemo y las aventuras del Gato con botas o Peter Pan, mientras tanto tú estabas aprendiendo a andar con tacones y no dejabas de pasearte, así que ocurrió lo que tenía que ocurrir, en una de esas vueltas tropezamos pero...habías cambiado, tu cabeza y tu cuerpo ya estaban más acorde.

-¡Vaya! Estás más guapa que la última vez que te vi.

-Gracias, tú también estas mejor.

- Yo creo que es normal, nos estamos formando y preparando para salir de aquí.

Aquello de salir no te gusto, tú preferías aquel sitio nuestro donde no había nadie más que tú y yo. Fueron días inolvidables llenos de juegos, nos gustaba jugar al escondite, saltar a la comba y a mí sobre todo preparar una portería y meterte 10 goles y ver cómo en vez de enfadarte te las apañaba de tal manera que al final cambiábamos de juego.

-¡Uf, que cansada estoy! Sentémonos un rato.

-¡Qué fresca eres! Ahora que voy ganando.

-¡Jo, que pesado!...Oye, Dani, ¿te diste cuenta que ayer con tanto movimiento no nos dejaron jugar, qué pasaría?

-Creo que estuvimos por la calle, se escuchaba ruido y después noté una luz fuerte, parecían que nos tomaran fotos...y es que claro, cada día estamos más guapos y se sentirán orgullosos de nosotros... pero bueno sigamos jugando.

-Podríamos echar unas carreras

-Pues quítate los tacones y pondremos barreras para saltarlas.

-Vale, pero no muy alta.

¡Cuánto daría por volver aquellos días!, ¿recuerdas Paula en verano como nadábamos en nuestra piscina hinchable?, ¡qué bien nadabas de espalda! a mí me gustaba más cuando jugábamos a waterpolo, o nos hacíamos largos a mariposa, en eso sí, en eso siempre me ganabas, pero pronto pasaría el tiempo y aquel espacio nuestro no nos permitía competir y tuvimos que desmontarla, así que jugábamos al ping-pon, ¿te acuerdas aquel día?

-¿Qué pasa, porqué se mueve, qué es eso que aprieta las paredes?

-¡Hey, no aprieten tanto!

-¡A ver si acaban pronto, otra vez las fotos!

-¡Qué pesados! ¿Por qué nos controlan tanto?

-A ver, a ver, ya parece que pasó el peligro, pero mira Daniel, ¡se ha roto la mesa y no encuentro la pelota!

Se nos fastidió también ese juego, cada vez era más complicado y cuando llego el invierno teníamos que estar arrimaditos junto a la mesa camilla y solo podíamos jugar a las cartas, al parchís o con la tablet, estábamos cada vez más apretados, tú te enfadabas cuando sin querer te tapaba con la mano la nariz...

-¡No me dejas respirar!

-¡Y tú me clavabas la rodilla en la espalda!

Bueno, no sé porque te cuento lo que tú sabes igual que yo, creo que la soledad me hace ponerme melancólico, y tú dirás con razón que es lo que he querido y lo que decidí con mi afán de ver mundo, podía haberme quedado junto a ti, disfrutar de tu compañía y de tu cariño, aunque tu amor lo he llevado siempre conmigo por muy lejos que estuviera, pero ahora los años pesan y el no estar juntos mucho más, ¿sabes, por mucho que haya viajado y conocido lugares maravillosos?, la felicidad la alcance junto a ti en nuestro “paraíso particular”, pero claro nos tuvimos que marchar.....

-¡Hey! nos estamos dando la vuelta.

-Creo que ha llegado la hora.

-¿Qué, la hora de qué?

-He leído en un libro que no podemos estar aquí, tenemos que salir.

Empezaste a llorar y yo te acurruque entre mis brazos, consolándote y acariciándote, intentando protegerte, que no te sintieras mal, sabíamos que perderíamos nuestra intimidad que a partir de ahora todo sería diferente y ya este “mundo nuestro” no lo volveríamos a tener, ahora nos tocaba compartir nuestras vidas con los demás, estuvimos así un tiempo y cuando al final te tranquilizaste...

-Sabes Dani, aquí estamos muy a gusto, pero tienes razón el espacio no se encoje, hemos crecido nosotros, ya no cabemos... y mamá no puede más.

-Si Paula, mamá está incomoda y papá deseando conocernos... ¡vamos!